



Europa Press

La ministra de Hacienda y Función Pública, Mariá Jesús Montero.

Hacienda subirá los sueldos públicos hasta un 9,5% en 3 años

FUNCIONARIOS/ CCOO y UGT avalan un alza del 8% entre 2022 y 2024 con 1,5 puntos de subida extra ligadas a PIB e IPC.

J. Portillo. Madrid

El Gobierno de coalición cerró finalmente ayer en firme su propuesta de revisión salarial para los empleados públicos de cara a los próximos años. La propuesta definitiva, que supone un alza acumulada de hasta el 9,5% en tres años (contando con 1,5 puntos de variable ligados a la evolución de la economía y la inflación), fue aceptada por CCOO y UGT, pero no contará con el apoyo de la Central Sindical Independiente y de Funcionarios (CSIF), sindicato clave en las administraciones públicas, donde consideran que el pacto condena al colectivo a consolidar buena parte de la “pérdida de poder adquisitivo” que arrastra.

La revisión salarial para los funcionarios diseñada por Hacienda se incluirá en el proyecto de Presupuestos Generales del Estado para 2023, si bien incluirá un alza retroactiva para compensar parcialmente el fuerte incremento de la inflación de este año y una senda plurianual que culmina en 2024.

En concreto, el acuerdo alcanzado por el Gobierno de coalición con CCOO y UGT establece en primer lugar una revisión al alza de la subida del 2% de los sueldos públicos inicialmente aprobada para este año, a la que se añadirían otros 1,5 puntos para alcanzar un incremento acumulado del 3,5%. A partir de ahí, los Presupuestos contemplarán

El sindicato CSIF rechaza firmar un pacto que supone una “pérdida de poder adquisitivo”

un incremento del 2,5% para 2023 susceptible de aumentar en 0,5 puntos según la evolución del IPC y en otro tanto en función del crecimiento del PIB. A su vez, el aumento salarial sería del 2% en 2024, con medio punto de aumento adicional en función de la inflación. En definitiva, se asegura un aumento acumulado del 8% para los empleados públicos al que se añadirá un punto adicional si el IPC armonizado acumulado desde 2022 a 2024 supera los incrementos salariales fijados pactados, es decir, si crece más de un 6% en promedio anual. Los empleados públicos recibirán a su vez un aumento de 0,5 puntos adicional si el PIB de 2023 crece más del 5,9%.

El objetivo del Gobierno es comenzar a compensar este mismo año a los funcionarios por el mayor incremento de la inflación en casi cuatro décadas, que previsiblemente cierre el año con una subida media de entorno al 8% en el Índice de Precio de Consumo (IPC), pero difiriendo su impacto en el tiempo para tratar de contener la escalada de precios. Desde el Ejecutivo defienden que este tipo de acuerdo plurianual debe ser-

vir de guía a los agentes sociales para la negociación del pacto de moderación de rentas y márgenes empresariales que piden firmar a patronal y sindicatos para evitar una espiral inflacionista.

“Después de dos años sin posibilidad de negociación, hemos conseguido que el Gobierno vuelva a la senda del acuerdo”, celebró CCOO, que subrayó que “es la primera vez que conseguimos revisar el salario aprobado”, en referencia al aumento extra para 2022. Según sus cálculos, el acuerdo permitiría que un funcionario con un sueldo mensual de 1.300 euros en 2021, podría llegar a 2024 con un salario de 1.427,41 euros.

CSIF, por su parte, se negó a firmar el acuerdo alegando que tras las rebajas y congelaciones iniciadas en 2010, los funcionarios arrastran una pérdida de poder adquisitivo cercana al 20% que no se compensaría con la fórmula planteada por Hacienda.

35 horas de jornada

En paralelo, el acuerdo salarial con CCOO y UGT supone iniciar una negociación para rebajar a 35 horas semanales la jornada laboral de los empleados públicos, aumentar la tasa de teletrabajo, abrir la jubilación parcial a las administraciones públicas, limitar las tasas de reposición en los servicios no esenciales e impulsar la digitalización del sector público.

Guerras, catástrofes naturales y el reloj del fin del mundo



LA AGUJA DE MAREAR

Javier Ayuso

El próximo 20 de enero, como cada año, los científicos atómicos de la Universidad de Chicago tendrán que fijar el tiempo que queda para el fin del mundo. Desde 1947 en que se creó el llamado *Doomsday Clock*, el reloj del Apocalipsis, este grupo de científicos difunde el tiempo hipotético que quedaría para las doce de la noche de lo que sería la destrucción del mundo. Inicialmente se analizaba solo el riesgo de guerra nuclear global, pero desde hace algún tiempo incluye cambios climáticos y otras catástrofes que pudieran infligir algún daño irreparable.

Durante muchos años, el reloj que mide la amenaza nuclear, ambiental o tecnológica, había estado por encima de los cinco minutos; sin embargo, en enero de 2017 se fijó en tres minutos para la medianoche y un año después bajó a dos minutos y medio. En enero de 2021 volvió a bajar hasta los 100 segundos, periodo de tiempo que mantuvieron a principios de este año.

“Cien segundos significa que estamos atrapados en un tiempo peligroso, uno que no traerá ni estabilidad ni seguridad”, señalaron los gestores del reloj del fin del mundo.

El análisis de la situación se produjo cuando la invasión de Ucrania por las tropas rusas no era más que una amenaza; real, pero una amenaza, como había declarado el presidente de la OTAN, Jens Stoltenberg, al comenzar el año. También ha pesado sobre esa reducción del tiempo para la medianoche en los últimos años la crisis medioambiental generada por el cambio climático.

Hoy, el reloj del Apocalipsis habría que adelantarle hasta casi el límite de la medianoche por todo lo sucedido en los últimos meses. Han pasado 222 días desde el inicio de la guerra en Ucrania y la amenaza de una guerra nuclear global es un hecho incontestable. Además, los efectos del calentamiento global son indiscutibles, según muestran las catástrofes naturales que asolan el planeta cada vez con mayor frecuencia e intensidad. La tercera semana de enero de 2023 estaremos todos pendientes del tiempo que se fije en el Boletín de Científicos Atómicos de Chicago.

La guerra en Ucrania, que se inició hace más de siete meses, ha llegado a una situación casi de no retorno, en el que la amenaza del uso de armas de destrucción masiva está a la orden del día. Y de ahí a una guerra nuclear global hay un trayecto muy corto. El tirano ruso, Vladimir Putin, ha dado en los últimos días algunos pasos especialmente peligrosos que han puesto en alerta de guerra nuclear a todo el planeta. No solo por sus amenazas continuas, sino por los movimientos detectados de su temible submarino Belgo-

rod en el Mar Ártico. Esta embarcación porta seis misiles nucleares del tipo Poseidón, capaces de desplazarse hasta 10.000 kilómetros bajo el agua. Podrían destruir las principales capitales occidentales.

La amenaza de guerra nuclear se hizo más patente cuando el ejército ruso empezó a perder posiciones frente al avance de las tropas ucranianas en los territorios ocupados. Ante el escenario de perder la guerra, Putin adoptó dos medidas. En primer lugar, la llamada a filas de más de 300.000 personas para aumentar sus efectos en primera línea de fuego. Y después, la anexión tras unos referéndums ficticios e ilegales, de las provincias ucranianas de Donetsk, Lugansk, Jerson y Zaporíyia. Esta última decisión, consumada el pasado viernes, lleva aparejada la amenaza de utilizar armas nucleares contra cualquier país que ataque suelo ruso.

A estas alturas, ningún líder de las principales democracias occidentales pone en duda el riesgo cierto de una guerra nuclear. Desde la crisis de los misiles en Cuba, que este mes cumple sesenta años, no se había producido un riesgo tan claro de guerra nuclear. Y los misiles desplegados por Rusia en la isla

no tienen nada que ver con los actuales, de ultimísima generación, que van por la estratosfera y nos son detectables por las defensas occidentales.

El mundo vive en un escenario desconocido y lleno de riesgos de destrucción. Nadie se imaginaba al comenzar el año, cuando todo el planeta empezaba a recuperarse de la pandemia del Covid, que Putin iba a cumplir sus amenazas e invadir nuevas provincias ucranianas, tras la anexión de Crimea en 2014. Pero, sobre todo, ningún líder mundial podía imaginarse que el presi-



Vladimir Putin.

dente ruso iba a amenazar abiertamente con la utilización de armas nucleares. En Naciones Unidas y en las principales cancillerías de todo el mundo (hasta el Papa, que pidió este fin de semana al tirano ruso que pusiera fin a la guerra) se busca una salida de emergencia para evitar la catástrofe. De cualquier forma, el orden mundial está patas arriba.

Y todo ello, sin hablar de la crisis climática que ha pasado ya a convertirse en una emergencia climática. Además, la guerra en Ucrania ha agravado la situación por el alza y la carestía de los precios de la energía que ha obligado a muchos países a frenar su política de reducción de emisiones. Las catástrofes naturales crecen de forma casi exponencial y sus consecuencias afectan cada vez más a la vida diaria de las personas.

Este año, el calentamiento global ha sido el auténtico protagonista del planeta. La temperatura de los mares se ha disparado y la palabra sequía ha empezado emplearse en países con abundancia histórica de agua. Urgen medidas globales contra la emergencia climática, si no queremos que el reloj del fin del mundo se acerque peligrosamente hacia la medianoche.